

## Amor de madre

«¿Solo yo veo lo que pasa? ¿Nadie más se ha fijado en mamá?». La hija menor, con el ceño fruncido, piensa, mientras los demás hablan y comen, beben y ríen en la comida de Navidad. Todos, menos la madre que, desde la cabecera de la mesa, sonrío ausente; no escucha a nadie y tampoco dice nada, pero tiene la mirada perdida en un punto fijo. Hace rato que ha dejado de comer.

«Estos días está rara, más amable, menos irritable. Si hasta me ha dicho que me quedaba bien el vestido nuevo y les ha preguntado a los niños si necesitaban dinero. ¡Esto ya ha sido lo definitivo! Ahora quiere repartir propinas, con lo que nos lo ha escatimado toda la vida...»

— Mamá, ¿has acabado ya?

La anciana, como si regresara de un sueño bonito, asiente.

«Y mis hermanas, ciegas. Es verdad que yo la veo a diario desde que falleció papá... porque no se recuperó enseguida, como esperábamos, y eso que fue un alivio que se muriera, que nos dejara vivir después de la vida de mierda que nos dio. Lo nuestro, pase; pero ella, siempre aguantando... La verdad es que, cuando éramos jóvenes, yo no sentía pena por mamá, que no nos defendió nunca cuando había voces, malos modos, insultos... Ahora creo que la he perdonado.»

—Mamá, ¿por qué no te echas un rato y descansas?

«Con todo nunca comprendí por qué lo cuidaba así cuando enfermó. Siempre sería, sin una gota de alegría, fiel como un perro apaleado, sin fuerzas para revolverse. Cuando empezó a dejar de saber quién era, a hacérselo todo encima y a mirar sin vernos, con esa cara de cordero desvalido que se le quedó, aún sentí algo de compasión, pero no cuando nos pegaba al darle la comida o pasaba la noche gritando. Mucho aguantó mamá sin ser capaz de ingresarlo y de pensar que ya estaba bien de aquel sinvivir.»

La anciana se ha retirado a una de las habitaciones; dice que dormirá un poco.

— ¿Pero os habéis fijado en ella? ¿Os parece normal todo esto?

\*\*\*

«Tampoco hoy me ha dicho nada. ¡Qué raro! Si él no se olvida nunca de darme los buenos días con esos mensajes de flores tan preciosas... Y no me contestó cuando le escribí... Tanto tiempo sin nadie que me dijera bonitos ojos tienes y, de pronto, cuando ya no cuentas para nadie, un hombre se interesa por mí, me cuida con sus mensajes, me dice cosas tiernas... ¡Si mis hijas se enteraran... no quiero ni pensarlo! Pondrían el grito en el cielo: que quién es ese hombre, que no tienes edad, que busca tu dinero... ¿Qué sabrán ellas? ¿A quién perjudicamos? A nadie, si él está allí y yo aquí... Si solo hablamos y nos hacemos compañía. Aunque él esté casado, también se siente solo, no es feliz... ¡Y nos entendemos tan bien! Ya no podría vivir sin nuestras conversaciones...»

\*\*\*

— Vosotras, ¿qué pensáis? Que el viernes, por San Valentín, le sorprendí en el móvil el mensaje ese tan cursi de corazones y flores... y ella que lo mira a hurtadillas y se va de prisa al lavabo y vuelve radiante. Que ya os lo dije, que tanta amabilidad cuando lo llamé y le pedí que dejara a mamá en paz, era un poco extraña. Muy correcto, muy educado, que si mucho gusto en conocerte, que si ella me ha hablado de vosotras... En fin, todo para tratar de convencerme de que su relación es de pura amistad y que no perjudican a nadie. Pero ya se lo advertí: “Mamá no está sola, nos tiene a nosotras, a toda su familia y se está creando unas expectativas que solo podrán acabar en un desengaño, en un disgusto enorme... ¡Eso si es que no pretende sacar algo más de ella!”

Las hermanas la escuchan con atención, aunque sin atreverse a interrumpirla, porque saben de su carácter fuerte y que es mejor dejarla acabar.

— Y, al final, va y me promete que se alejará de ella poco a poco, con delicadeza, aunque necesitará algo de tiempo. Me lo creí, y parecía sincero porque, durante unas semanas, mamá estuvo otra vez apagada y como tristonera. Pero ya veis, han vuelto a las andadas, ¡y el señor va y me bloquea! Ahora os toca a vosotras porque, por las buenas o por las malas, esto tiene que terminar.

\*\*\*

«Otra vez ha dejado de escribirme. Ahora ya no sé qué pensar porque hace una semana que no sé nada de él. Paso el día esperando notar la vibración en mi bolsillo y, cuando llega alguna, muy de tarde en tarde, son mis amigas, para ir a yoga o a merendar. ¿Quién tiene ganas de salir? Si yo lo que quiero es estar sola y hablar con él y que me diga algo, aunque solo sea: "¡Buenos días!" o "¡Que duermas bien!". Yo soy feliz con muy poco, con saber que alguien piensa en mí cada mañana y con la ilusión de leer sus palabras, aunque sean mentira... Pero no lo son, o al menos, no para mí. Ahora el silencio de la casa se me cae encima, las horas no pasan... ¡Cuánta soledad!

\*\*\*

— Creo que ya ha acabado todo. No podemos poner la mano en el fuego pero, desde el ultimátum a ese hombre, ¿no veis a mamá diferente? Como ha sido siempre. Quizás incluso peor, porque llora sin motivo y no quiere ni venir a vernos.

— ...

— ¿A vosotras os llama?

— ...

— Tenía que ser así, no podíamos alargar ni un minuto más esta situación absurda, ¿no os parece?

— ...

— Si empeora, hablaremos con su médico o con un psicólogo, porque no podemos dejar que se deprima. O nos la llevamos de vacaciones unos días...

Las hermanas asienten, aunque con un rastro de preocupación en su rostro estulto.

— Quedaos tranquilas, que hemos hecho lo correcto. ¡Ha sido por su bien!

**Ana María García Bonet**